

Notas del mes

Ausencia de novelas

No creemos que en lo que resta del año, sea posible la aparición de una novela. El año ha sido estéril para el género y debemos dejar constancia, aunque sólo sea en una nota de fin de mes. Es penoso constatar esta ausencia. Penoso, porque la novela es fruto de madurez y selección. Chile las ha producido, lo mismo en el siglo XIX que en el siglo presente. No puede por tanto decirse, como de otros países, que es un país sin novelistas, o lo que es lo mismo, un país intelectualmente incompleto.

El desinterés por el género, si así pudiera decirse, radica en gran parte en las inquietudes actuales que sufren lo mismo los escritores que los que no lo son. Pero es indudable que el escritor siente desapego por la realidad social. No se confunda como es de regla entre nosotros, lo social con lo político o con lo partidista y aun con esa abominable diferenciación de izquierdas y derechas en que parecen complacerse quienes colocan el dramatismo de las obras que pintan un mundo de miserias en el plano de las obras parciales. ¿Por qué han de ser parciales las obras que muestran el aspecto trágico de una sociedad en su miseria y en su abandono? ¿Fué acaso parcial Dostoiewski? Pero no es esto lo que queremos tratar ahora. La ausencia de novelas nos causa temor. A otros les causa sobresalto la carencia de cosechas en un año y son muchos los que se lamentan por ese fenómeno agrícola. A nosotros nos

parece igualmente penoso un mal año literario en la cosecha novelesca. Y no es que no existan motivos ni personajes, ni formas plenas de la vida urbana capaces de ser sometidas a creación novelesca. Existen en abundancia. Pero ocurre que el escritor teme a su propia realidad, no la inquiere, ni la busca de frente para dominarla.

Los cuadros de la vida urbana—no queremos referirnos al campo, por ahora, que tiene sus narradores, aunque no muchos—los cuadros de la existencia urbana ofrecen en todas partes un perfil nítido y firme. Se han transformado las costumbres, y esta transformación lleva aparejados innumerables aspectos de indudable interés para la creación novelesca.

Pero aun, sin pretender dar pauta alguna a los que cultivan el género, bien o mal, importa considerar, en este rápido examen, aspectos que no pueden silenciarse, relativos a la ausencia de novelas. La novela en otros países es la crónica de las costumbres y también la crónica de las inquietudes. Formas características de la ideología, de los pensamientos, de las alternativas, de las vicisitudes de la vida en comunidad queda aprisionadas en esas crónicas que son al propio tiempo creaciones de personajes. Nada tenemos de la vida chilena de este último tiempo, como documento humano novelesco. Si se quisiera realizar un viaje a través de la creación novelesca para escuchar las pulsaciones de la sociedad chilena, no tendríamos a que fuente recurrir, ni podríamos encontrar el rastro que conduce a una visión plástica y honda de la vida nacional. Este desinterés por la naturaleza novelesca que todo país tiene como condición marginal, es lo que no podemos concebir, en nuestro país y al recorrer el año literario nos encontramos con que la novela está ausente casi por completo de las actividades intelectuales.

No es que no haya escritores con condiciones de novelistas. Los hay, desorientados frente a este entrevero de pasiones y de fuerzas materiales que es la vida de hoy, no aciertan con el

cuadro de esas inquietudes, ni se atreven a producir ese escalofrío que una novela de pintura de las pasiones y costumbres produce en los ambientes aun poco favorables a la literatura. Esperamos que el año que se va a iniciar sea más propicio al género y aparezcan esos libros que todos esperamos.

Vida de Juan Vicente Gómez

Un diario de Bogotá, *El tiempo*, ha publicado la traducción del famoso libro de Tomás Rourke sobre la «Vida y Milagros de Juan Vicente Gómez». Las páginas publicadas hasta hoy denotan una extraordinaria fuerza de examen y colocan frente al lector una visión estupenda del dictador de Venezuela, desconocida y matizada con extraños documentos de la vida privada del cacique. Rourke era ingeniero de una concesión petrolera en Venezuela. Nadie sabía de su existencia, y a nadie parecía importarle tampoco gran cosa la vida de este periodista —era también periodista— norteamericano que vivía obscuramente entregado a sus trabajos técnicos. Pero mientras vivía observaba. Rourke permaneció mucho años en Caracas y en otros pueblos y regiones del interior de Venezuela. En los días más álgidos y siniestros del gomecismo, el ciudadano norteamericano, se dedicó a tomar notas y apuntes de la vida de «benemérito». Conoció los personajes más importantes de la vida venezolana y estuvo al parecer muy cerca de los áulicos, porque sus informaciones son de primera mano y los datos que suministra a lo largo de su dramático relato, demuestran un conocimiento minucioso y profundo de la vida de ese tiempo.

Rourke rastrea desde los orígenes la vida de Gómez, en los días de Cucuta y luego en las haciendas La Mulera y Buenos Aires. Igualmente la familia del tirano está estudiada en forma muy interesante. La ascensión al poder, la caída de Castro y el mando asumido luego en forma espectacular por Gómez, dan materia al observador norteamericano para trazar